

1.

LO QUE LA EXTREMA DERECHA Y LA EXTREMA IZQUIERDA NOS QUITARON EN EL PASADO

Desprecio el autoritarismo y lo que acarrea: el insulto a la inteligencia, el abuso, la prepotencia, el unilateralismo. Los arrogantes, los gritones, los que se creen seres superiores, merecen mi desdén.

En Guatemala, la arrogancia la sufríamos en carne propia todos los días, desde la del Alto Mando del Ejército hasta la de los comandantes guerrilleros. Yo tenía que ir a los velorios y entierros de amigos recién graduados como subtenientes de la Escuela Politécnica caídos en emboscadas o luchando en las montañas contra la subversión comunista; así como lloraba también a compañeros periodistas secuestrados, desaparecidos, torturados; una compañera de clases en la Mariano Gálvez fue asesinada en el Reloj de Flores de la zona 9. Uno de los casos que más me caló fue cuando asesinaron, en su silla de ruedas, al profesor Fito Mijangos, a quien conocía en persona, allá en la 5ª avenida y 9ª calle de la zona 1. Eso me afectó e indignó profundamente.

Adolfo Mijangos López era una luz. Era catedrático universitario, que estudió en París y fue diputado democrático. Lo asesinaron por hacer un informe académico en la Usac que se oponía a que se diera una concesión de 40 años para explotar níquel en Izabal.

O cuando mataron a Alberto Fuentes Mohr, o a Manuel Colom Argueta, a quienes también conocí. Esos asesinatos, esas muertes innecesarias de una generación increíble, me afectaban mucho. Ahí fue creciendo mi sentimiento antidictatorial.

La guerrilla, por su lado, había iniciado desde los años sesenta actos terroristas en un ciclo de asesinatos de líderes políticos de derecha, de secuestros y asesinatos de empresarios, de destrucción de infraestructura. La subversión y la represión condenaron nuestro futuro y es por eso por lo que hoy seguimos en esa gran batalla para tomar decisiones de no volver al pasado.

Pero no solo perdimos desde el lado más social, también desde el lado más empresarial.

Después de sus emprendimientos en una fábrica de chocolates, un almacén incendiado y una fábrica de bicicletas, mi papá quiso sacar adelante una finca en la costa sur, y le dieron un préstamo en el Crédito Hipotecario Nacional, hipotecó su casa en la Colonia Santa Elisa y su fábrica y almacén de bicicletas, para ir pagando la finca con producción de ganado y alguna plantación. Mi papá empezó a pagar la deuda durante dos años, pero con el Decreto 900 durante el gobierno de Jacobo Árbenz, invadieron la finca y mi papá ya no podía producir más. Entonces el CHN empezó el proceso para ejecutar las hipotecas, que además de la propia finca eran su casa y su negocio de bicicletas. La propiedad fue después usada para uno de los primeros parcelamientos de la reforma agraria.

Eso convirtió a mi papá en antiarbenzista, en anticomunista. Así que cuando en 1954 la Liberación derroca al Gobierno de la Revolución y llega Castillo Armas, en 1956 el nuevo gobierno lo envía de cónsul a Montreal, en Canadá, y después a Nueva York. En 1959, Ydígoras Fuentes lo nombra secretario de Información de la Presidencia y director del *Diario de Centro América*. Después parte como embajador de Guatemala en Suiza en 1962. En marzo de 1963 el ministro de la Defensa Enrique Peralta Azurdía da un golpe de Estado y cae Ydígoras y mi papá funda su propio periódico.

Era un semanario, que se llamaba *¡Alerta!*, de militancia anticomunista. Yo me había iniciado como aprendiz en los

talleres del *Diario de Centro América* y luego como ayudante de corrector de pruebas, y después empecé a trabajar como reportero y vendedor de anuncios y suscripciones en *¡Alerta!* a los 18 años, y ganaba por comisiones. Yo acompañaba a don Regino Díaz Robainas, un colaborador de mi papá, visitando anunciantes y agencias de publicidad. Así conocí a los empresarios más importantes de Guatemala, que nos recibían en sus oficinas y nos compraban anuncios: los hermanos Estuardo y Enrique Novella, Luis Canella, Antonio Guirola Batres, Carlos y Federico Köng Ossaye, Carlos Paiz Ayala, Julio Lowenthal Foncea, Antonio Gándara, Manuel “Musso” Ayau, y muchos otros.

Los Novella tenían sus oficinas administrativas en la esquina de la 5ª avenida y 9ª calle de la zona 1. Aunque ambos pasaban mucho tiempo en la fábrica de La Pedrera, especialmente don Estuardo. Cuando pedía verlos para ofrecerles anuncios, siempre me recibían en sus oficinas del segundo nivel.

Yo había conocido a don Luis Canella Gutiérrez años antes cuando vivíamos con mis padres en un apartamento del edificio El Cielito y él tenía su venta de autos, motos y repuestos en el mismo edificio, sobre la 8ª avenida y 18 calle de la zona 1. Ahí llegaba yo a visitarlo, una vez al mes, para renovar el contrato de anuncios. Al fondo, en una pequeña oficina trabajaba el papá de don Luis, don Avelino, un español muy amable, que se tomaba tiempo para conversar conmigo mientras yo esperaba a que me recibiera su hijo. Luis Canella fue secuestrado y ejecutado por la guerrilla terrorista en 1977.

Don Antonio Guirola Batres, un hombre grande y sólido, era gerente de Continental Motores, S. A., la representación de Volkswagen en Guatemala. Era uno de los más grandes anunciantes en *¡Alerta!* y ahí ya no era yo el vendedor (la comisión de venta hubiera sido muy alta), sino directamente mi papá. Cuando el periódico quiebra y fallece mi papá, don Antonio me ofreció la subgerencia en su empresa y ahí trabajé varios meses hasta que me independicé y abrí mi propia oficina jurídica.

Don Carlos y don Federico Köng Ossaye eran grandes y colorados. Köng es un apellido de origen alsaciano. Tenían la fábrica de jabones La Luz en Mixco y una distribuidora en la

zona 4 y estaban apenas diversificándose en otros productos industriales. Siempre fueron muy amables y nunca dejaron de anunciar en las páginas de *¡Alerta!*

De don Carlos Paiz Ayala y de doña Graciela, su esposa, puedo decir que los conocí en el almacén El Monito, en la 5ª avenida de la zona 1, en los días que estaban abriendo las puertas del primer supermercado Paiz, en la esquina de la 9ª calle y 8ª avenida zona 1. Don Carlos siempre estaba sonriente, con una actitud positiva característica de los zacapanecos. No siempre, pero a veces me compraba anuncios.

Don Antonio Gándara García, dueño del Almacén La Flecha, estaba casado con doña Mausí Merkle, alemana. Formaban una pareja muy unida y trabajadora. Procrearon tres hijos, igualmente trabajadores y esforzados. El almacén, que era más bien una bodega y distribuidora de productos de toda clase, quedaba sobre la 7ª avenida entre 19 y 20 calles de la zona 1. Don Tono fue embajador de Guatemala en Japón en los años setenta, y él y su familia nos tenían mucha amistad y compraban regularmente espacios de anuncios.

Don Julio Lowenthal Foncea, pequeño de estatura, arquitecto, administrador, era gerente de CIDEA, la importadora de vehículos de marcas americanas. Muy involucrado en temas políticos, sociales y educativos. Esos anuncios también los manejaba mi papá, pero lo acompañaba a reuniones con don Julio, un hombre de una gran educación. El hijo de don Julio fue secuestrado por la guerrilla, y murió a consecuencia de las torturas que le infligieron.

El “Musó” Ayau, gran líder educativo y un auténtico constructor de futuro, preocupado siempre por el desarrollo del país, me daba cada semana un pequeño anuncio de su empresa Fabrigas. Siempre tuve gran respeto y afecto por él y su esposa Olguita. Cuando don Manuel Ayau fue proclamado candidato a la Vicepresidencia de la República en el binomio con Jorge Carpio, para las elecciones de 1990, a mí me tocó el honor de presentarlo en la asamblea partidaria.

Era una situación peculiar ser reportero en el semanario de mi papá, pero me sirvió para aprender dos lecciones: la parte

comercial me permitió conocer a grandes empresarios que han construido este país. Y la parte periodística desde *¡Alerta!* me abrió los ojos a los grandes desmanes y la destrucción que pueden producir la extrema izquierda y la extrema derecha en Guatemala.

En agosto de 1975, el diario quiebra, y mi papá no pudo administrar bien ese contratiempo. Un mes después le dieron dos infartos y no sobrevivió al segundo.

En enero de 1976, un amigo del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) me invita a participar de la rama profesional, el ala más moderada. Me dice que están construyendo un movimiento nuevo y diferente con Alejandro Maldonado Aguirre, quien cuatro décadas más tarde se convertiría en presidente de la República.

Tuve el gusto de conocer a Alejandro Maldonado en 1971, cuando era ministro de Educación del presidente Carlos Arana y yo era reportero. Lo que me impresionó del día en que lo conocí en un centro educativo que el presidente iba a inaugurar, fue que él, Alejandro, siendo ministro, estaba con una escoba barriendo para que se viera todo más presentable.

No volví a verlo hasta cinco años más tarde, cuando me invitaron a participar en su proyecto. Un mes después de incorporarme al mismo, ocurrió el terremoto del 4 de febrero de 1976, que fue devastador, con 23 mil muertos. Cada uno ayudaba como podía. Yo iba a empacar cosas y alimentos al Aeroclub para que los enviaran a todo el altiplano. Desde entonces quería servir al país, y encontré que un camino era la política.

Fue el momento en el que decidimos presentar públicamente una propuesta distinta, liderada por Alejandro Maldonado y apoyado por un grupo de jóvenes. Eso no le gustó al ala más radical del MLN. Para muchos, resulta inconcebible dejar el pasado y atreverse a crear un mejor futuro.

Durante una recepción en una casa de la zona 2, el líder de ese partido, Mario Sandoval Alarcón, acompañado de sus gorilas, me llevó a un rincón del jardín, y empujándome y dándome toques de pecho, me increpó por participar en ese nuevo movimiento, diciéndome que no sabíamos lo que nos iba a pasar

si rompíamos el MLN. Pero las intimidaciones, a mí nunca me han frenado, así que decidimos dejar el MLN y fundar el Partido Nacional Renovador (PNR).

Era un partido de centro derecha, ya no atado al pasado del MLN.

¿Cómo hacíamos para impulsar un nuevo partido? La dictadura militar no nos permitía que pasáramos de comité a partido. Tenían paralizados a todos los grupos democráticos. La Ley Electoral de la época establecía que la autorización de partidos políticos se hacía conforme el orden de su solicitud. Si el Gobierno le pagaba al primer comité en la lista de espera para que no gestionara su autorización como partido, se congelaba el proceso de inscripción de todos los que veníamos detrás. Después de muchas peripecias, logramos sortear ese obstáculo legal de la dictadura.

No eran tiempos fáciles, pero no había opción sino participar. Había dos alternativas: 1) se ocupaban los espacios políticos para cambiar las cosas, 2) se dejaba el país en manos de las dictaduras militares o se dejaba caer bajo el control de movimientos subversivos marxistas apoyados por la Unión Soviética.

Necesitábamos una tercera vía, democrática, de centro-derecha.

Una vía que valorara el liberalismo, la propiedad privada, la libertad individual, todos esos principios básicos de la democracia, que estaban siendo desprestigiados por quienes decían representarla: las dictaduras militares y sus partidos satélites, que le daban todos los argumentos a la extrema izquierda para justificar sus acciones contra la institucionalidad en Guatemala.

Estaban mal utilizando los principios de la libertad individual y la democracia. Es exactamente igual que lo que está ocurriendo ahora, 40 años después, en donde hay bandidos y corruptos que agitan la bandera de la derecha para justificar sus desmanes.

Y no, no podemos considerar que porque hay corruptos que se dicen de derecha, que hay que ir a buscar alternativas de extrema izquierda. La corrupción puede estar en la izquierda y la derecha.

Hay que ver hechos concretos. Veamos en los últimos 75 años, ¿cuáles son los países que han salido adelante? ¿Qué sistemas económicos tienen? Son los que han abrazado los principios de la democracia, la libertad individual, la propiedad privada, la solidaridad social.

MI EXPERIENCIA EN VIETNAM

Los países que han insistido en mantener los principios comunistas, socialistas a ultranza, no han salido adelante y fracasaron, como son los casos de Cuba y Venezuela en nuestro continente. Han podido avanzar aquellos países comunistas que abandonaron los modelos económicos marxistas, como Vietnam.

Tuve la oportunidad de visitar Vietnam, que ahora es un país cuasicapitalista, cuando yo trabajaba como subsecretario general de la ONU. Vietnam, como otros 138 países del mundo, incluyendo Guatemala, contribuye con unidades y tropas a las misiones de mantenimiento de paz de las Naciones Unidas. La primera vez que fui, mientras recorría las calles de su capital Hanoi en una limosina negra del gobierno, me acompañaba un general héroe de la guerra, que los vietnamitas llaman la Guerra Americana. El caballero estaba lleno de medallas hasta en los pantalones. Iba también nuestro intérprete, un joven oficial bilingüe. De repente pasamos por una plaza inmensa y en medio reconocí lo que había visto en fotografías, el gran mausoleo de Ho Chi Min, el líder histórico que resistió la invasión japonesa, venció a los franceses y combatió a los americanos. Él fue el que desarrolló el concepto militar que derrotó a todas estas fuerzas coloniales y creó la nacionalidad vietnamita, muy embebida de los principios marxistas.

Siempre que uno va a países comunistas, es tradición ir a depositar una ofrenda floral en el mausoleo del “Padre de la Patria”. Pero vi en mi programa de actividades que no había incluida ni visita ni ofrenda floral al mausoleo de Ho Chi Min. Le digo al general, vía mi intérprete: “Mire, ¡ahí está el mausoleo! ¿No lo vamos a visitar?”. No me esperaba la respuesta: “¿Y para

qué?” me dice. “Eso representa el pasado y nosotros estamos viendo al futuro”, y hace un ademán hacia adelante.

Ahora en Vietnam, la mayor cantidad de inversión privada para fábricas y empleos, la mayor cantidad de turistas, la mayor cantidad de ayuda militar a la fuerza aérea y a la marina, ¿proviene de dónde? De Estados Unidos. ¿Quién es el mejor aliado estratégico de Estados Unidos en el sureste de Asia después de los problemas con Filipinas? Es Vietnam.

Y eso que Estados Unidos también sufrió. A las personas que tienen oportunidad de visitar Washington les recomiendo siempre ir al Vietnam War Memorial, en donde están grabados en mármol negro los nombres de los 65 mil jóvenes estadounidenses que fueron a morir a la guerra de Vietnam. Cuando he visitado el memorial no puedo dejar de lamentar 65,000 jóvenes estadounidenses y 1 millón de vietnamitas que murieron en esa guerra inútil.

Pero ambos países pudieron dejar atrás esa guerra y hacen esfuerzos por superar sus secuelas.

Vietnam desde hace algunos años abandonó el sistema económico colectivista, marxista, y ahora garantiza la inversión y la propiedad privada. Vietnam es un emporio. Ni en Londres he visto tantos Rolls Royce como en Hanoi. El sistema capitalista económico sacó a Vietnam de la pobreza. Sí, hay un partido comunista que manda en política, pero es un sistema económico capitalista. Como lo que logró Deng Xiaoping en China.

Comparémoslo con Venezuela, que era el país más rico de América, con las reservas petroleras más grandes del mundo, y hoy no tienen ni papel de baño ni cepillos de dientes. El salario mínimo son 50 centavos de dólar al mes. Es doloroso ver el éxodo de unos 4 millones de venezolanos por toda América, por la selva de Brasil, caminando a través de las montañas de Colombia. Yéndose en balsas a Trinidad y Tobago, por cientos de miles. Un sistema económico, el del “socialismo del siglo XXI” de Hugo Chávez y Nicolás Maduro que destruyó Venezuela, y que algunos todavía añoran para Guatemala.

Comparémoslo con Vietnam, China y varios otros países africanos. No hay duda de que el sistema capitalista es el que

puede generar trabajo, empleo, desarrollo económico. Los sistemas de economía colectivista, de planes quinquenales, han sido un desastre.

No hay que perder de vista que lo que genera prosperidad no es la dictadura, pues nosotros tuvimos a varias con generales endiosados y asesinos, y no nos sacaron adelante: la clave es el sistema económico de libertad, capitalista, con solidaridad. Y la construcción de instituciones, como dicen Robinson y Acemoglu en su famoso libro *Por qué fracasan las naciones*, en el que citan como caso paradigmático, negativo por supuesto, a Guatemala.

Guatemala ha sido rezagada en ese sentido, no hemos tenido ni instituciones que velen por los ciudadanos con democracia participativa, ni economía capitalista con libre competencia. Aquí hay monopolios, oligopolios, instituciones públicas y privadas que son “extractivistas” y no tenemos un sistema verdaderamente de libre mercado.

Debemos reposicionar al centro y a la centroderecha. No podemos permitir que solo la izquierda reivindique, se indigne y que se apropie de la solidaridad humana y de los derechos humanos. Históricamente fuimos los centristas los que impulsamos los derechos humanos, que son una creación de las democracias occidentales frente al comunismo y el marxismo, frente al nazismo y el fascismo. Sí, tenía razón Fidel Castro cuando protestaba y decía: eso de los derechos humanos son un invento de los derechistas.

El hecho de que uno se preocupe por los niños que se mueren de hambre, la salud pública, la educación pública, los servicios básicos, la seguridad social, el que combatamos la corrupción y el racismo, no nos hace comunistas. Son temas que nos preocupan a los centristas, a la centroderecha. No son temas marxistas globalistas, que ahora es el coco que usan para esconder una visión ideológica egoísta, antediluviana y corrupta.

Hay que arrebatarle a la izquierda los valores y principios que hemos creado los demócratas de centro y centroderecha en todo el mundo, y en Guatemala los hemos abandonado. Son principios transversales, comunes a la humanidad.

Cuando en Guatemala uno habla de derecha la imagen que viene a la mente es la de los trogloditas militares y los políticos corruptos, y no, esa es una imagen radicalmente incompleta. Hay un centro, un centroderecha muy amplio. Somos muchos más que cualquiera de los dos extremos. La izquierda no representa una solución a los problemas de desarrollo humano, económicos, ni al tema fundamental de la libertad personal. Cualquier límite a la libertad es un atentado, y para mí ha sido un principio muy importante durante toda mi vida.

Necesitamos alejar a Guatemala de los extremos, ni la extrema derecha ni la extrema izquierda. Se trata de decidir por el pasado o por el futuro, no es un asunto de derechas o izquierdas obsoletas, como tampoco de indígenas o ladinos y menos de ricos o pobres.

Toda división, toda polarización, toda radicalización hace que todo el mundo pierda. Aquellos que se dicen vencedores, pierden. Tenemos que aprender de la historia; no con ánimos de venganza sino para no caer en las trampas del maniqueísmo que ya tanto daño nos ha hecho.

Y para quienes no sea suficiente la historia reciente, vámonos a las sagradas escrituras: “Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá”. (Mateo 12:25)

PONERNOS EN LOS ZAPATOS DEL OTRO

Es una trampa esa idea de “si no estás conmigo, estás contra mí”, sin espacio para el diálogo, para el conocimiento mutuo. He comprobado miles de veces en mi vida, y en el mundo entero, que enemigos acérrimos, de generaciones, si tienen líderes verdaderos pueden sentarse, conocerse y verse en los ojos de los otros y entender que somos humanos, que sentimos, amamos, sufrimos, exactamente de la misma manera. Esta mentalidad se enriquece cuando se piensa en términos de futuro y no del pasado.

Ya vivimos las consecuencias de la guerra durante 36 años, en donde se construyen enemistades y cuestionamientos en donde no hay. Considerar enemigos irreconciliables no es lo que necesitamos en Guatemala.

Uno de mis grandes héroes es Nelson Mandela. Pasó 27 años encarcelado por el sistema del *apartheid* en Sudáfrica. Es liberado y poco tiempo después es electo presidente de forma abrumadora, formando un gobierno de unidad nacional, precisamente con quienes lo habían perseguido. La película *Invictus* muestra cómo, Mandela, a pesar de los llamados a la venganza de sus correligionarios, no cayó en el engaño de la polarización.

Desde hace 45 años he trabajado para construir una tercera vía, una alternativa de centro. Por eso cuando Jorge Carpio funda la Unión del Centro Nacional, avalé la alianza que hicimos desde el PNR, y cuando se quebró la alianza me quedé con Jorge. Por esos ideales centristas, contra los radicales de ambas ideologías, Jorge Carpio fue asesinado en julio de 1993 por fuerzas paramilitares, camino a Chichicastenango. Porque quienes estamos en el centro somos la mayor amenaza para los radicales, de extrema derecha y de extrema izquierda. Pero a ellos regresaremos más adelante.